



Pr: Diaria
Tirada: 8.327
Dif: 6.955

Secc: LOCAL Valor: 4.621,19 € Area (cm2): 672,5 Ocupac: 76,07 % Doc: 1/1 Autor: ÁLVARO MUÑOZ Num. Lec: 52000



El abogado vallisoletano Eduardo Curiel en su despacho de la calle Angustias. En el círculo, la víctima de accidente ferroviario de Adamuz, Amalia Montealegre. CARLOS ESPESO/EL NORTE

El ángel de la guarda de Amalia, víctima del accidente de Adamuz, viste toga en Valladolid

El abogado Eduardo Curiel, sin conocerla y desde la distancia, ejerce la representación legal de una de las heridas en el accidente ferroviario de hace dos meses

ÁLVARO MUÑOZ



VALLADOLID. El 18 de enero no fue un domingo cualquiera para Amalia Montealegre Caro. Esta médica de atención primaria, natural de Talavera de la Reina (Toledo), regresaba en el Alvia hacia Huelva para reincorporarse a su puesto de trabajo en Cartaya. No llegó. El accidente ferroviario en Adamuz (Córdoba), uno de los últimos más trágicos en España con más de 40 fallecidos, transformó su vida en una «maraña de hierros», y después mucho «silencio».

«Me acuerdo de todo porque no perdí la conciencia en ningún momento», relata Amalia en una conversación telefónica desde el Hospital Quirón de Huelva. Ella viajaba en el vagón número dos, uno de los más afectados. «Estuve atrapada tres horas y media con asientos y placas metálicas encima. Tenía la pierna rota con fractura abierta». Y a pesar de

todo fue una afortunada porque los bomberos que la rescataron fueron tajantes. «Me han dicho que de ese vagón, solo otra persona y yo salimos con vida. El resto eran cadáveres», apunta la joven médica de 31 años.

Aquella tarde, la médica que salvaba vidas tuvo que esperar a que otros salvaran la suya. El traslado al Hospital Reina Sofía de Córdoba daba paso a una segunda batalla, la médica. Su informe clínico bien se podría asemejar al de uno de guerra. Fracturas de clavícula, escápula, vértebras y fémur (suma ya dos intervenciones quirúrgicas) son parte de las lesiones que aún arrastra Amalia. Sin embargo, para ella, lo más difícil no es la estructura ósea dañada, sino el «pozo psicológico». El diagnóstico de trastorno de estrés posttraumático es inevitable. «Su única distracción de los procesos mentales es el dolor físico», señala el informe de psicología clínica. Amalia sufre de rumiación constante sobre el accidente, pesadillas recurrentes y una culpa lacerante: la de haber sobrevivido cuando tantos otros en su vagón se quedaron en la vía.

Si el accidente fue traumático, la estancia hospitalaria en el sector público de Córdoba no fue mucho mejor. «Al segundo día de estar ingresada, un traumatólogo me dijo que ya me iba a dar el alta», denuncia Amalia. La res-

puesta de la paciente fue tan lógica como desesperada. «¿A dónde voy a ir si no me puedo ni mover, si ni siquiera me habéis controlado el dolor?», rememora la víctima, quien se describía esos días como una «zanahoria», alguien que solo podía rodar sobre sí misma cuando la movían para completar las labores de aseo.

Robo de pertenencias

A esto se sumó un nuevo palo en la rueda. La pérdida o robo de sus pertenencias personales entre los escombros. Mientras Amalia luchaba por su vida, su teléfono móvil era localizado mediante GPS en un pueblo de Sevilla y sus auriculares inalámbricos (iPods) aparecían de camino a Madrid. «Alguien los está sacando a pasear», ironiza su abogado Eduardo Curiel, quien denuncia la falta de control sobre los bienes de las víctimas en la nave habilitada para el triaje de objetos personales.

Porque es aquí donde entra en juego la conexión vallisoletana de esta historia. Eduardo Curiel, letrado en Valladolid, asumió la

«Me han dicho que de ese vagón, solo otra persona y yo salimos con vida. El resto eran cadáveres»

representación de Amalia no solo por su pericia legal, sino por una carambola del destino. Su hermano Jorge, también médico, conocía a la madre de Amalia, Inmaculada Caro. Desde entonces, Curiel ejerce de letrado, representante y gestor emocional.

«Estoy ejerciendo para que Amalia tenga la vida más fácil», afirma el letrado. Esto implica una lucha burocrática titánica como reclamaciones al seguro de Renfe, a la Subdelegación del Gobierno en Huelva y la gestión de una tarjeta de discapacidad temporal que le permita aparcar cerca de su casa, ya que la joven vive en un apartamento alquilado que no está adaptado para una silla de ruedas.

«Ni un duro»

A día de hoy, dos meses después del siniestro, la realidad económica es fría, según relatan. No han recibido «ni un duro» de las ayudas prometidas. La burocracia digital, los certificados y los poderes notariales son la nueva realidad de una familia que solo debería estar centrada en la rehabilitación. Eduardo Curiel ya se ha personado como acusación particular en la causa judicial que investiga el accidente. «Habrá cientos de afectados personándose; cada familia tiene derecho a reclamar por su daño», advierte mientras se prepara para un proceso que se prevé largo y complejo.

Tras semanas de presión, Amalia logró ser derivada al Quirón de Huelva. El cambio ha sido radical. «Aquí el equipo médico es estable, no pasa un traumatólogo distinto cada día diciendo cosas contradictorias», explica la joven. A pesar de ese avance animico, el panorama físico sigue siendo desafiante. Amalia espera recibir el alta en estos días, pero volver a casa no es el final del camino. «Sigo siendo totalmente dependiente a los 31 años», confiesa. No puede apoyar peso, no puede flexionar la rodilla y, debido a las fracturas en los brazos, ni siquiera puede usar muletas. Su movilidad se reduce a una silla de ruedas y a adaptar diversas estancias en su casa como el plato de ducha o adquirir una cama articulada.

Su madre, Inmaculada Caro, se ha convertido en su sombra y cuidadora las 24 horas. «Es mi ángel de la guarda», dice Amalia, quien reconoce que sin el apoyo familiar y de sus amigos de Huelva, la recuperación sería una quimera. A pesar de la gravedad de lo vivido, la conversación entre Amalia Montealegre Caro y Eduardo Curiel cierra con una nota de esperanza. Sobre la mesa se ha puesto la promesa de un reencuentro en Valladolid. «Es que aún no nos conocemos», agregan sobre una relación personal y laboral que se ha forjado a través de llamadas y gestiones legales. Ahora, el plan es claro. Cuando Amalia pueda caminar «sin muletas ni apósitos», viajará a tierras vallisoletanas para celebrar la vida. «Ya sabes que aquí el vino y el lechazo no faltarán», le promete Curiel.